

# **Jesús Apareciéndose a María Magdalena**

**No. 625**

**SERMÓN**

**PREDICADO EL DOMINGO 16 DE ABRIL DE 1865**

**POR C. H. SPURGEON**

**EN EL METROPOLITAN TABERNACLE, NEWINGTON**

***«Cuando Jesús resucitó por la mañana, el primer día de la semana, apareció primero a María Magdalena, de quien había echado siete demonios» (Marcos 16:9)***

La doctrina de un Salvador resucitado es sumamente preciosa. La resurrección es la piedra angular de todo el edificio del cristianismo. Es la clave del arco de nuestra salvación. Necesitaríamos muchos discursos para exponer todas las corrientes de agua viva que fluyen de esta única fuente sagrada: la resurrección de nuestro amado Señor y Salvador Jesucristo.

Pero saber que Él ha resucitado y tener comunión con Él como tal —comulgar con el Salvador resucitado poseyendo una vida resucitada; verlo salir del sepulcro saliendo nosotros mismos del sepulcro del mundanalismo— esto es aún más precioso. La doctrina es la base de la experiencia, pero así como la flor es más hermosa que la raíz, así la experiencia de la comunión con el Salvador resucitado es más hermosa que la doctrina misma.

Quisiera que creyeran que Cristo resucitó de los muertos para cantar sobre ello y obtener todo el consuelo que sea posible extraer de este hecho bien comprobado y atestiguado. Pero les ruego que no se conformen ni siquiera con eso. Hermanos y hermanas en Cristo, les exhorto a aspirar a ver a Cristo Jesús por el ojo de la fe, y aunque quizás no lo toquen, que tengan el privilegio de conversar con Él, y de saber que Él ha resucitado, estando ustedes mismos resucitados en Él para una vida nueva.

Conocer a un Salvador crucificado como quien ha crucificado todos mis pecados es un rico conocimiento. Y conocer a un Salvador resucitado como quien me ha justificado, y comprender que Él me ha otorgado una vida nueva, habiéndome hecho una nueva criatura por medio de Su propia vida nueva, es un estilo elevado de experiencia. Sin alcanzarlo, ninguno de nosotros debería conformarse con descansar.

En resumen, quisiera que esta mañana, como la bendita Magdalena, estén entre aquellos a quienes Jesucristo se manifiesta después de Su resurrección, como no lo hace al mundo.

Pasemos ahora a considerar esta primera aparición del Salvador, después de que hubiera dejado el sepulcro. Se aparece a María Magdalena. Debe haber habido alguna razón para esta elección. Notaremos, en primer lugar, *quién era ella*. En segundo lugar, *cómo buscó*. Y en tercer lugar, *cómo encontró*.

I. En primer lugar, esta mañana tendremos que considerar QUIÉN ERA ELLA.

Jesús «apareció primero a María Magdalena». ¿Por qué? Una respuesta podría ser porque Él quiso hacerlo. Pues en Su soberanía, Él puede revelarse a quien quiera, y puede ocultarse de quien le plazca. «Tendré misericordia del que tendrá misericordia, y tendré compasión del que tendrá compasión» (Romanos 9:15) puede ser una verdad muy irritante para los oídos humanos, pero es una verdad a pesar de todo, y quien no la reconoce apenas coloca a Dios en Su verdadero lugar como quien está sentado en el trono y hace lo que quiere con lo Suyo.

Me contentaría con saber que Él se apareció primero a María Magdalena y no hacer otra pregunta si pensara que es malo preguntarlo, porque «Él es el SEÑOR, y haga lo que bien le parezca». Y si Él quiere revelarse primero a ella, que así sea. En esto veo Su gracia y digo: sea magnificado Su nombre en la soberanía de Su amor.

Pero podemos ahondar un poco en el asunto, creo, y quizás encontrar algunas razones. Se reveló primero a María Magdalena, una mujer. ¿No era acaso lo más apropiado que una mujer viera primero al Salvador resucitado? Ella fue la primera en la transgresión —que sea ella la primera en la justificación. En aquel jardín, ella fue la primera en obrar nuestra desgracia —que ella en ese otro jardín sea la primera en ver a Aquel que obra nuestro bien. Ella toma la manzana de aquel árbol amargo que nos trae toda nuestra tristeza. Que ella sea la primera en ver a ese poderoso jardinero que ha plantado un árbol que da fruto para vida eterna. Sea una mujer, porque la mujer fue la última en la cruz y la última en el sepulcro —que sea la primera en regresar. Las Marías embalsamaron al Salvador y lo pusieron en el sepulcro —que una de su compañía sea escogida para ser la primera en verlo.

Hermanas en Cristo Jesús, hay una maldición que cae más pesadamente sobre ustedes que sobre otros —una maldición que les es peculiar. Pero en esto tienen razón para regocijarse, ya que «nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo» (Isaías 9:6). Es por ese parto que les trae tristeza que hemos sido liberados, incluso por medio del nacimiento de Él, el Mesías, Emanuel, Dios con nosotros, a quien ustedes tienen el privilegio de ver primero, porque Él es peculiarmente suyo. «La simiente de la mujer que herirá la cabeza de la serpiente» (Génesis 3:15).

El texto parece indicar que la razón particular por la que se apareció a esta mujer primero fue porque de ella había echado siete demonios. Quizás ninguna persona mencionada en las Escrituras ha

sido más singularmente calumniada que María Magdalena. Se ha supuesto que era una prostituta, y su nombre se ha adjuntado a sociedades que tienen el misericordioso objetivo de intentar redimir a las caídas.

En ese sentido, permítanme decir que Magdalena nunca fue una «magdalena». No era una mujer impúdica. Creo que puedo mostrarles que es completamente imposible que lo hubiera sido. Era una mujer de recursos y ministraba a las necesidades de Cristo. Poseía riqueza y propiedades, y gastaba lo que tenía en el Salvador, por lo tanto, no es probable que hubiera sido una que ganara su vida con el miserable oficio de su pecado.

Además, tenía siete demonios y eso, por sí mismo, la hacía completamente incapaz, uno pensaría, de haber sido culpable de los pecados de la carne. ¡Una mujer, una endemoniada, loca con siete demonios! ¿Quién soñaría que una pobre criatura bajo un tormento tan espantoso como este podría haber sido una prostituta? ¡La cosa es claramente imposible para cualquier mente reflexiva!

Pero ténganlo presente: creo que si la misma Magdalena estuviera aquí, no lamentaría que su nombre más puro se haya adjuntado a estas pobres caídas. En esto tiene comunión con su Señor y Maestro, quien fue «contado con los transgresores» (Isaías 53:12), y quien se entregó a Sí mismo y todo lo que tenía para poder levantar a los pobres pecadores de la degradación en la que han caído.

«No», diría Magdalena, «no borres mi nombre de aquel edificio. No lo quites de esa Sociedad de Rescate. Yo, aunque he sido guardada de esta iniquidad, estoy bien contenta de ser la patrona de todos aquellos que buscan ganar a los pecadores de su pecado».

Sin embargo, hay algo acerca de esto —y aquí es donde surgió el error— la posesión de un demonio es típica, en la Palabra de Dios, del pecado. Cuando queremos traducir el milagro a un significado espiritual, siempre nos vemos obligados a usar la morada de un demonio como la metáfora —la imagen de la morada del pecado.

Ahora bien, como María Magdalena tenía siete demonios, aunque no era por ello una pecadora mayor, pues no podía evitar que los demonios estuvieran allí, sin embargo, era por ello más contaminada. Estaba siete veces contaminada, y se convierte muy acertadamente en el tipo del gran pecador, el representante, de hecho, de la misma clase de pecadores a quienes se ha dado su nombre. No era literalmente tal pecadora, pero lo era típicamente, pues en ella había siete demonios. Típicamente, ella está a la cabeza de aquellos que son los mayores pecadores contra la ley, la bondad y la gracia de Dios, pero no lo era excepto como tipo.

Ahora, creo que ven alguna razón por la cual ella debería ser seleccionada como la primera a quien Cristo viera, porque había sido un trofeo especial del poder liberador de Cristo. En ella Él había

obtenido una victoria especial y señalada sobre las huestes del infierno —un número perfecto de esos espíritus malignos había estado atrincherado dentro de ella y el brazo victorioso de Cristo los había expulsado a todos. Ella siempre sería considerada como un ejemplar ilustrísimo de lo que el gran Salvador puede lograr.

En este sentido, digo, ella era apta para ser la primera a quien Jesucristo mirara y hablara, porque de todos Sus discípulos que estaban diariamente con Él, no sé de ninguno que hubiera experimentado una cura como la que le había tocado a ella. Aprendamos de esto que la grandeza de nuestro pecado antes de la conversión nunca debe hacernos pensar que no podemos ser especialmente favorecidos con el más alto grado de comunión.

Si Magdalena no fue una prostituta, sin embargo, digo que ella está como el tipo de aquellos que poseen siete pecados, y pecados mortales y condenables también. Y en la medida en que esta mujer es llevada a la comunión más íntima con Cristo, y tiene la prioridad incluso sobre Pedro, Santiago y Juan, no hay razón, pobre pecador caído, para que no tengas un banquete tan rico en la mesa de la misericordia divina como el mejor, el más casto, el más recto, puro y limpio.

Si vienes a Cristo, si los siete demonios son expulsados de ti, todas estas cosas nunca serán mencionadas contra ti, sino que estarás en igualdad con aquellos que fueron preservados por la providencia y la gracia restrictiva de caer en pecados graves. Cuando el pródigo regresó, no se le dijo que podría comer el pan de su padre, pero que debía ser en la cocina. No se le dijo que podría sentarse a la mesa, pero que debía ser en el extremo más alejado, debajo de la sal. No, sino que se sienta a la mesa como el invitado más honrado, y su padre festeja con él como si nunca hubiera descarriado.

Así es siempre con mi Dios, para el principal de los pecadores. No se te permitirá comer las migajas que caen de la mesa, sino que los manjares más exquisitos serán tuyos. Sí, y si lo deseas, y presionas hacia adelante y lo buscas, tendrás la porción de Benjamín —tendrás más que otros. ¡Oh! aunque hayas sido negro y vil, Él puede hacerte tan blanco y hermoso que no se sonrojará de tratarte como el hombre de la parábola trató a su pequeña cordera. Beberás de Su copa y dormirás en Su seno, y serás muy, muy querido para Él, pecador aunque hayas sido.

Esto parece estar en la misma superficie del texto: que María Magdalena fue seleccionada para ser la primera en ver al Salvador porque era una mujer —una mujer de quien habían sido echados siete demonios— un tipo de gran pecador.

Además, era una mujer en quien la poderosa gracia había demostrado su poder. Es un hecho bien conocido que los demonios nunca salían de los hombres en los días del Salvador voluntariamente. Siempre tenían que ser expulsados. Encuentran que echaban espuma por la boca tan pronto como

Cristo era visto, y cuando Él dice: «Yo te mando que salgas de él» (Marcos 9:25), el demonio desgarró al hombre, lo revuelca en el polvo y lo somete a espasmos inusuales de dolor y agonía, antes de partir.

Así, siete demonios habían sido expulsados de María —forzados a salir de ella. María no tenía libre albedrío. Su liberación fue lograda por la gracia irresistible, eterna y soberana. Y ciertamente aquellos que están privilegiados para ver más de Cristo son los que saben que su salvación no es del hombre, ni por el hombre, sino por la voluntad y el poder del Dios de gracia solamente.

Hermanos míos, puede haber algunos de ustedes que piensen que los demonios salieron de ustedes. Sé que no salieron de mí. Tuvieron que ser expulsados con mano fuerte y brazo extendido. Puede haber algunos que se jactan de la libertad de su voluntad, que piensan que pueden venir a Cristo por sí mismos —pero María no lo hizo— porque ningún endemoniado buscó jamás a Cristo. Más bien rehuían la presencia del Salvador y clamaban: «¿Qué tenemos que ver contigo? ¿Has venido para atormentarnos antes de tiempo?» (Mateo 8:29).

Más bien aborrecíamos la gracia y despreciábamos a Cristo. Las ofertas de misericordia se perdían en nosotros. Las proclamaciones de perdón, aunque dadas honestamente, las pisoteábamos. Solo cuando el poderoso Jesús, vestido con ropas de amor, salió en la grandeza de Su fuerza, fuimos compelidos a rendirnos, y nuestra cautividad fue llevada cautiva por Su poder. Creo que María Magdalena fue así seleccionada porque fue una instancia escogida de la gracia irresistible.

Tan pronto como los demonios fueron expulsados de María, parece que ella dejó cualquier posición terrenal que pudiera haber tenido y se convirtió en una asistente constante del Salvador. Si tienen la bondad de volver al capítulo octavo de Lucas, verán que nuestro Señor no solo era acompañado por hombres, sino también por mujeres. «Aconteció después, que él iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce estaban con él, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la cual habían salido siete demonios, y Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes, y Susana, y muchas otras, que le servían de sus bienes» (Lucas 8:1-3).

Parece, entonces, que Magdalena era una que permanecía con Cristo Jesús, Su compañera perpetua y constante. Algunos lo oían ocasionalmente, ella lo oía siempre. María, Marta y Lázaro lo entretenían con un banquete de vez en cuando —ella siempre le daba de sus bienes. Había muchos como Nicodemo y José de Arimatea, que estaban del lado de Cristo, pero no tomaban la cruz de Cristo —ella sí.

En todas Sus aflicciones, ella era afligida. Cuando Él era «despreciado y desechado entre los hombres» (Isaías 53:3), ella también lo era. Estaba con Él, llevando Su cruz y sufriendo Su reproche.

Me gusta el pensamiento de ella estando con el Salvador. ¡Cuánto debe haber visto! Vio la mayoría de Sus milagros. ¡Cuánto debe haber oído! Oyó, con sus propios oídos, Sus palabras escogidas. Sí, y en el concilio secreto donde Él abría Su parábola a Sus discípulos favorecidos, María tenía el privilegio de estar allí, con algunas pocas otras mujeres honorables.

Supongo que era una mujer de edad madura, como probablemente lo eran la mayoría de las otras —una matrona. No descuidaba ningún deber doméstico. Está claro que nunca tuvo ninguno —una mujer con siete demonios no podía tener deberes domésticos. Uno pensaría que sus amigos debieron estar sumamente contentos de tenerla bajo la enseñanza de nuestro Señor, y mientras supieran que ella estaba en salud con el Salvador, probablemente pensaban que estaba en el lugar más adecuado para ella, así como se supone que las personas locas son atendidas más adecuadamente cuando están acompañadas por su cuidador o su médico.

Habiendo sido una endemoniada, ella estaba felizmente libre de todos los lazos y vínculos domésticos. Y ahora, ¿qué si digo que Cristo era su padre, su hermano, su esposo, su amigo, sus hijos, su todo? Él era su familia, y allí estaba ella, diariamente con Él. Leemos que cuando Cristo predicó cierta verdad, «muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él» (Juan 6:66). No así la Magdalena. Permitiera Él predicar lo que quisiera, la mujer de Magdala todavía colgaba de Sus labios. Para ella, cada palabra era miel, cada sílaba era una perla. Atesoraba todo, se alimentaba de todo —permanecía con Jesús.

Oh, queridos amigos, desearía que pudiéramos llegar a esta posición, cuando nuestro llamado fuera servir a Cristo, y cuando nuestro lugar fuera siempre con Cristo. No me extraña que Cristo se apareciera primero a ella, cuando recuerdo que Cristo había sido por tanto tiempo su primer, su principal deleite. No tenía nada en el mundo sino Cristo. Me parece que muy probablemente el hecho de que fuera una endemoniada la había separado de toda simpatía humana, de modo que no había nadie que la amara, nadie que se preocupara por ella, excepto los discípulos y la sociedad que había encontrado por ser seguidora de Cristo. Y Jesús, compadeciéndose de ella, no la despidió como hizo con la mayoría de los que sanó.

Una cosa no debemos pasar por alto: ella gastaba sus bienes para aliviar Sus necesidades. La bolsa no estaba a menudo llena, mientras Judas la tenía a su cargo. Y mientras había tantos pobres, y Cristo tenía un corazón tan tierno, apostarí a que nunca se permitió que sobrara nada para que se enmoheciera allí. Pero esta mujer, y las otras Marías, se aseguraron de que nunca estuviera completamente vacía, y de que hubiera algo para el Salvador cuando lo necesitara.

No fue la mujer que rompió el frasco de alabastro de unguento precioso sobre la cabeza de Cristo, pero durante toda su vida, su ingreso constante fue su frasco de alabastro, y gastaba lo que tenía en administrar a las necesidades de su Señor. Hermanos, si queremos ver mucho de Cristo, sirvámosle. Depende de ello, ustedes que viven para sí mismos —que ahorran su riqueza cuando deberían darla, y no se les concede esa comunión con Jesús que otros tienen, que se han consagrado a sí mismos y a sus bienes enteramente al Señor. Estoy seguro de que al no dar, pierden un placer infinito.

No hablo ahora acerca de su seguridad —creo que ustedes son salvos por la fe en Cristo Jesús— pero si no se dedican ustedes mismos y todo lo que tienen a la causa del Maestro, nunca serán admitidos a esos gozos más escogidos, a esas comuniones más íntimas que pertenecen a aquellos que viven cerca de su Salvador en consagración.

Encuéntrenme los cristianos más felices, y estoy seguro de que son aquellos que están más apegados a su Señor. Díganme quiénes son los que se sientan más a menudo bajo el estandarte de Su amor, y beben los sorbos más profundos de la copa de la comunión, y estoy seguro de que serán aquellos que dan más, que sirven mejor, y que permanecen más cerca del corazón sangrante de su querido Señor. Quizás por esta razón María fue privilegiada por la gracia de Dios para ser la primera en ver al Salvador resucitado.

## **II. La segunda indagación fue: CÓMO BUSCÓ.**

Si alguno de nosotros quisiera tener comunión con el Señor Jesucristo, ¿cómo podemos obtenerla? Usaremos a ella como nuestra guía.

Y primero, María buscó al Salvador muy temprano en la mañana, por lo cual aprendemos que debemos comenzar a buscar a nuestro Señor temprano. Si puedes esperar a Cristo, y ser paciente en la esperanza de tener comunión con Él más adelante, nunca tendrás comunión en absoluto —porque el corazón que está preparado para la comunión es un corazón que tiene hambre y sed.

Si un hombre tiene hambre, no puedes decirle: «Sé paciente, espera». «Mi hambre clama», dice él, «dame comida, moriré si no me alimentan». «Pero no debes ser impaciente. Debes controlar tu apetito. Espera, quédate quieto». Pero el pobre hombre responde: «No puedo. Mi hambre es tan aguda. Oh, dame pan. Me desmayo, expiro». Puedes razonar con él, pero no hay razonamiento con un estómago hambriento.

Y cuando el alma de un hombre comienza a tener hambre y sed de Cristo, no es «Mañana lo veré», sino «¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora!». Hoy, que Dios llama «el tiempo aceptable» (2 Corintios 6:2), el cristiano piensa que es el tiempo más aceptable. Quisiera tener comunión con Jesús ahora.

Mientras estoy en esta plataforma, mis ojos desean verlo. Mi cabeza anhela reclinarse sobre Su pecho. Mi alma clamaría con la esposa: «¡Oh, si él me besara con besos de su boca! Porque mejores son tus amores que el vino» (Cantares 1:2).

Si, entonces, quieres que Jesús se te revele, búscalo ahora, donde estás. Este banco puede ser tan bueno como el jardín. Tu propio pequeño cuarto tranquilo, cuando termine el servicio, estará tan cerca del Salvador como lo estaba el sepulcro —solo búscalo de inmediato y no sufras demoras. ¡Ven, Jesús, ven, porque la noche está avanzada! ¡Levántate, gran Sol de Justicia, y disipa mi tristeza!

Ella lo buscó también, como observarán, con gran audacia. Está dicho que ella se quedó junto al sepulcro. Los discípulos habían huido. Lean el versículo octavo: «Y ellas salieron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo» (Marcos 16:8).

Pero María, según nos cuenta Juan, «estaba fuera llorando junto al sepulcro» (Juan 20:11). «Pueden huir los que quieran», dijo ella, «nada puede asustarme cuando busco al Señor». Allí van las mujeres, María y Susana, la mujer de Chuza. Allí van, todas asustadas. Allí está Pedro, el valiente Pedro. Se da a la fuga, e incluso Juan, el amoroso Juan, lo sigue —pero María se queda quieta.

«No», dice ella, «que venga lo peor que pueda, nada puede ser peor que perder a mi Maestro —si la muerte misma me arrastrara, solo puede llevarme al sepulcro donde mi Salvador fue, y quizás podría encontrarlo allí —y si es así, la muerte sería bienvenida!»

Consideren cuántos temores debe haber tenido esta mujer tímida. No siempre era seguro salir temprano en la mañana. Ciertamente no lo era en la ciudad de Jerusalén. Cuando la ciudad estaba abarrotada, que una mujer débil se levantara temprano en la mañana y saliera al sepulcro no era seguro. Y sin embargo, ella no tuvo miedo. Que las sombras de la mañana estuvieran todavía sobre la tierra, ella no las considera. Las sombras en su propia alma son peores para ella.

Podrían haber supuesto que tendría miedo de los ángeles. No lo tenía. Había tenido tratos con demonios, y no iba a ser asustada por ángeles. Siete demonios a la vez habitaron en ella. Sabía demasiado de lo sobrenatural para asustarse ante la caída de una hoja, o cualquier ruido que pudiera hacer palidecer a sus compañeros más débiles.

Si entonces quieres que Cristo esté contigo, búscalo audazmente, amados. Que nada te detenga. Desafía al mundo. Atrévete a sus placeres. Ríete de sus amenazas. Desprecia sus promesas. Considera que «el vituperio de Cristo es mayores riquezas que los tesoros de Egipto» (Hebreos 11:26). Presiona hacia adelante donde otros huyen. Sé como un león donde otros vuelven la espalda, y entonces Cristo se te mostrará.

Ella se quedó junto al sepulcro, buscó a Cristo muy fielmente. Algunos encuentran difícil mantenerse firmes junto a un Salvador vivo, pero ella se mantendrá firme junto a uno muerto. Todos los discípulos lo abandonaron y huyeron cuando Él estaba solo en cautiverio, pero ella se aferra a Él cuando Su cuerpo está en el sepulcro. ¡Mujer valiente! No solo te mantendrás firme junto al Maestro, sino junto al sepulcro del Maestro. ¡Verdadera heroína! Amas incluso el lecho donde Su forma muerta duerme.

Desearía que buscáramos a Cristo de esta manera, dispuestos a mantenernos firmes junto a la misma forma de sanas palabras que nos ha sido entregada —manteniéndonos firmes junto a la doctrina así como junto a la persona— aferrándonos y adhiriéndonos a la cosa más mínima que tenga que ver con Cristo, y sintiendo que si Él lo ha sancionado, es nuestro morir por el sepulcro así como por el hombre. Oh, si buscáramos a Cristo con tal fidelidad, ¡no nos faltaría por mucho tiempo el consuelo de Su presencia!

Noten además que Juan nos dice que ella «estaba fuera llorando junto al sepulcro» (Juan 20:11), lo que me hace notar que ella buscó a Jesús muy fervientemente, pues mientras estaba allí, al no encontrarlo, lloró. No leo que los otros hicieran esto. Amaban al Salvador, pero no lo amaban tanto. Al menos, no tenían su sensibilidad y delicadeza de alma. Ella lloró.

Creo que sé por qué lloraba. «Mi Salvador se ha ido», decía ella, «no puedo encontrarlo». Entonces los pensamientos de Su triste muerte vinieron apresuradamente sobre su alma. Pensó que veía aquella escena terrible de nuevo que había hecho que su corazón doliera y latiera con fuerza. Se imaginó verlo de nuevo arrastrado a través de la populosa turba, abusado y despreciado, con Su pobre espalda toda cubierta de sangre.

Pensó que contemplaba una vez más ese bendito cuerpo desgarrado por los clavos. Marcó de nuevo la angustia de la fiebre que vino sobre Él mientras colgaba del madero. Ella había sido la última en velarlo. Se quedó y lo observó con las otras mujeres, y ahora no puede soportar el pensamiento de todo lo que Él había sufrido, y el temor de que Él se hubiera ido, ido, ido para siempre! Ella llora.

Y el Salvador no pudo soportar verla llorar. Me parece que esas lágrimas eran como hechizos que ataban cautivo al Salvador, y le hacían salir y mostrarse a ella. Si quieres la presencia de Cristo, ¡seguro que la obtienes si lloras por ella! Si has llegado tan lejos que no puedes ser feliz a menos que Él venga y te diga: «Tú eres mi Amado» —si no puedes contentarte sin un beso de esos labios queridos— lo tendrás.

Él no puede negar esas lágrimas —esas son rompedoras de corazones para Él. Esas gotas se abrirán camino en Su alma. Mirarás Su rostro bañado en lágrimas, y verás la hermosura y belleza de

Aquel que fue «despreciado y desechado entre los hombres» (Isaías 53:3), si te quedas fuera junto al sepulcro llorando.

Y no he terminado del todo. María lo buscó perseverantemente, pues mientras lloraba, se inclinó y miró dentro del sepulcro. Ya había estado en él y no había encontrado nada —¿qué la hizo mirar de nuevo? ¿No han hecho ustedes, cuando han estado buscando algo que sentían que debían encontrar, sacado un cajón y lo han revisado cuidadosamente, volviendo todo, y sin embargo, estando sumamente ansiosos, han ido a él una vez más?

Estaban seguros de que el objeto no estaba allí, y sin embargo estaban tan ansiosos por encontrarlo que miraron una y otra vez. Y quizás regresaron seis o siete veces al lugar que habían buscado a fondo al principio, porque estaban tan deseosos de encontrarlo. Así fue con ella. Pensó: «Quizás mis ojos hayan sido velados —posiblemente no haya mirado en la esquina correcta— miraré de nuevo».

Y así se inclinó y miró dentro del sepulcro —las lágrimas todavía fluían de sus ojos. Esto mostró su perseverancia. Sí, y si queremos conocer a Cristo, Él no es encontrado por aquellos que solo lo invocan una vez. Clama a Él durante horas enteras, si Él no viene a ti. Si ir a tu aposento una vez no te da una visión de Jesús, ve otra vez, ve otra vez, ve otra vez.

Porque créeme, si tuvieras que esperar siete años por una entrevista con el gran Rey —si alguna vez fueras favorecido para verlo— si Él extendiera el cetro de plata hacia ti, pensarás que has sido demasiado bien recompensado. Mil —un millón de años de búsqueda serían bien recompensados por una sola mirada de Sus ojos y un gesto de Su rostro. Por lo tanto, busca perseverantemente, pacientemente, anhelando con ansias que el Salvador resucitado se manifieste a ti.

Casi hemos terminado con este punto, pero debemos notar que ella solo buscaba al Salvador. Todos sus pensamientos estaban concentrados en Él. Creo que si yo hubiera estado allí, me habría sentido grandemente complacido con la vista de los ángeles. Me parece que me habría puesto a observar cuáles eran las formas de belleza que poseen los espíritus angélicos.

Pero ella parece no haberles prestado atención en absoluto; les dice: «Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto» (Juan 20:13). ¡Qué le importaban a ella los ángeles! Si hubieran venido tantos como los setenta mil carros de Dios, no podrían haber desviado los pensamientos de María de Él. Al jardinero, su discurso está lleno de su Señor: «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré» (Juan 20:15).

El corazón de María estaba puesto en un solo objeto. Como una flecha disparada del arco, voló directo al blanco del deseo de su corazón. Y oh, si Cristo es tu único y solo amor, si tu corazón ha

echado fuera a todos los rivales, si tu espíritu lo busca y clama por el Señor, incluso por el Dios viviente, pronto llegarás y te presentarás ante Dios.

Para concluir este punto, permítanme decir que había mucha ignorancia en María. ¿Cómo es que buscaba al vivo entre los muertos? Había muy poca fe en María, porque la fe le habría dicho que Él había resucitado al tercer día según Su propia palabra. Pero oh, había mucho amor, y Jesús pasó por alto su falta de conocimiento y pasó por alto su debilidad de fe, debido a la fuerza de su amor.

Me parece que ella amó más que Juan, porque Juan dice: «Entonces entró también el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro, y vio, y creyó» (Juan 20:8). Eso está bien, Juan. Tú tienes más fe. Él cree, y luego se va esperando ver lo que creía. Pero María, aunque tiene mucha menos fe, sin embargo, percibirán que tiene tanto amor que no se irá del sepulcro, sino que se mantiene en su lugar allí, velando a la puerta de Él, sin quedar satisfecha hasta que pueda verlo.

¡Qué amor fue este! Hermanos y hermanas, si hemos de ver a Jesús, debemos amarlo mucho. Quisiera que Dios me concediera amarlo como mi corazón desea amarlo. Espero que puedan decir:

**«Sí, te amo y te adoro; ¡oh, por gracia para amarte más!».**

Despertémonos a una mayor intensidad de afecto. Él nos amó antes de que las estrellas fueran hechas. Nos amó con todo Su corazón. Nos amó hasta la perfección. Nos amó hasta la muerte. Oh, mi frío corazón, ¿por qué no te derrites? Oh, mi corazón de diamante, ¿por qué no te disuelves? Por un amor como este, debemos darle a Jesús nuestro afecto más cálido, ardiente como brasas de enebro. Y si lo hiciéramos, no estaríamos mucho tiempo sin encontrarlo, porque el amor lo encontraría y lo traería a nuestros brazos, y lo veríamos y nos gozaríamos en Él.

**III. Ahora llega el último punto, y es CÓMO LO ENCONTRÓ.**

Él estaba presente, pero ella no podía verlo. Cristiano, Cristo está presente aquí esta mañana, aunque quizás no puedas percibirlo. No tienes que clamar al Salvador para que venga del cielo a visitarte: «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mateo 18:20). Jesús está aquí. En estos pasillos y bancas, en esta área y estas galerías, Jesús está aquí. Si no tienes comunión con Él, creyente, es porque la incredulidad oscurece tu ojo, o el dolor, el cuidado o el pecado te ciegan.

Pero Jesucristo se le reveló a ella mediante una palabra. Quiero que noten que no fue un sermón, fue una sola palabra. No fue un largo discurso, sino solo una palabra de dos sílabas, y esa no fue una palabra de misterio, sino una palabra simple, una palabra, sin embargo, que tenía esto: provenía de los labios de Jesús. Era personal y llegó a su corazón.

Esto es todo lo que necesitas, amado, esta mañana. Cincuenta mil palabras de mi parte solo te cansarían, pero escucha una palabra de los labios del Salvador, una palabra personal, que despierta los recuerdos de tu espíritu, probando que Él se acuerda de ti; y alegremente, sobre la base de esa palabra, tu alma puede permanecer en la tierra y cumplir sus tres veces diez años.

Esa única palabra fue su propio nombre: «María». Fue pronunciada tal como ella lo había oído en los días pasados. Y oh, si Él me hablara a mí como lo ha hecho en el monte Mizar. Si Él dijera de Sí mismo como lo ha hecho en días que nunca se olvidarán: «Yo soy tu salvación», no necesitaríamos más; una palabra sería suficiente.

Oh, amados, sigan buscando a Cristo y lo encontrarán en un momento. No se quejen si no tienen un ministerio edificante, o porque quizás esta mañana el discurso les parece aburrido. No se quejen porque están laxos en la oración y no tienen esa expansión que deberían tener en las cosas divinas. Una palabra los levantará como en alas de águila y les dará gozo y paz.

Noten que tan pronto como se dio la palabra, su corazón reconoció su lealtad con otra palabra. Ella no hizo un largo discurso. El corazón del Maestro estaba demasiado lleno para decir más de una palabra, y también el de ella. Esa única palabra sería naturalmente la más apropiada para la ocasión. ¿Cuál es entonces la palabra que se sugiere como la más adecuada para un alma en el estado más elevado de devoción?

Es una palabra que implica obediencia. Ella dijo: «Maestro» (Juan 20:16). Nunca podrás llegar a un estado mental para el cual esta confesión de lealtad sea una palabra demasiado fría. No, cuando tu espíritu brille más con fuego celestial, entonces dirás: «Quiero servirte viviendo, muriendo. Tu amor me ha atado con cuerdas a los cuernos del altar. Soy tu siervo, soy tu siervo; tú has soltado mis ataduras».

Si puedes decir «Maestro» esta mañana, puedes decir mucho. Si tu alma siente que Su voluntad es tu voluntad, que Su ley es tu amor, que desearías, si pudieras, ser conformado en todas las cosas a Su imagen, entonces, ya sea que tengas éxtasis o no tengas éxtasis, ya sea que tengas gozos o no tengas gozos, te encuentras en un lugar feliz y santo. Él debió haber dicho «María», o de lo contrario ella no podría haber dicho «Raboni».

Después de que ella confesó su lealtad, el siguiente impulso fue buscar una comunión cercana. Pero cometió un error, como suele hacerse: quería una comunión manifiesta y carnal. Así que comenzó a abrazarlo y a sujetarlo por los pies, y entonces Él dijo: «No me toques» (Juan 20:17). Somos propensos a buscar la comunión con Cristo de una manera sensorial.

Seamos espirituales, hermanos. Nunca Cristo nos dirá «No me toques» si el toque es de fe y amor. Él solo dice «No me toques» cuando queremos manejarlo con estas manos y verlo con estos ojos. Caminemos por fe y no por vista, y entonces podremos tomarlo en nuestros brazos y mantenerlo allí, y sujetarlo y no dejarlo ir.

Y cuanto más entrañables podamos ser con Él espiritualmente, mejor le gustará. Debemos sacudirnos todas esas ideas groseras que se esfuerzan por mezclarse con el gozo elevado y celestial. Si sientes un anhelo esta mañana por una comunión cercana e íntima, no lo restrinjas. Presiona hacia adelante, pon tus manos en Su costado y tu dedo en la señal de los clavos.

Sé que los mundanos no me entenderán, pero los creyentes sí. Permítanme asegurarles que hay una comunión con Cristo que es tan real como si tuviéramos el privilegio que tuvo Tomás. Mi propia alma ha visto al Salvador y ha hablado con Él. Aunque estos ojos no pueden verlo, aunque estos labios no pueden hablar con Él, y este oído no puede oírlo, sin embargo, la boca de mi alma lo ha besado, y el oído de mi alma lo ha oído, y la boca de mi corazón lo ha bendecido diez mil veces, y espero hacerlo de nuevo, y nunca estaré satisfecho hasta que pueda hacerlo continuamente.

Presionen hacia adelante, amados; pueden decir como el Cantar divino: «¡Oh, si fueras como un hermano mío que mamó los pechos de mi madre! Te hallaría fuera, te besaría» (Cantares 8:1). Oh, amados, tengan comunión con Él, aliméntense de Él, porque Su carne es verdadera comida y Su sangre es verdadera bebida.

Además, podemos notar, como resultado de haber encontrado al Salvador, que ella entró en Su servicio, porque Él dijo: «Ve a mis hermanos» (Juan 20:17), y ella se fue a decir a otros que había encontrado al Salvador. Si tienes el privilegio de ver a Cristo, no te comas el bocado a escondidas. ¿Has encontrado miel? Pruébala tú mismo, pero ve y dila a otros.

No puedes haber visto mucho del Salvador, a menos que desees que otros lo vean. Tu piedad es una mera farsa, un destello en la sartén, un fuego fatuo si no conduce a un servicio práctico. ¿No hay aquí algunas Marías Magdalena a quienes se les han echado fuera siete demonios? Has sentido el poder de la gracia divina en tu corazón. Amas a tu Salvador. Anhelas la comunión con Él. Mi querida hermana, tan pronto como tengas compañerismo, permíteme encargarte, en el nombre del Maestro: no tengas miedo de hablar a otros lo que el Señor te diga en privado.

No queremos que las mujeres suban al púlpito; eso es una violación tanto de la gracia como de la naturaleza; es una ofensa a las buenas costumbres tanto como a la propia ley de Dios. Pero tienes tu propia esfera, tienes tu propio lugar de trabajo; puedes reunir a tu propio sexo a tu alrededor. Allí están tus hijos, tus siervos; tienes multitud de oportunidades. Pero di a otros que Jesús ha resucitado,

que hay una vida resucitada; que tú lo sabes, y que ansías y anhelas que otros también se levanten de la tumba del pecado a la nueva vida en Jesús.

En cuanto a vosotros, hombres y hermanos, a quienes os corresponde más particularmente ser maestros y pastores, os encargo que todo lo que hayáis encontrado dentro del círculo de fuego donde está la comunión más íntima, todo lo que hayáis visto en las profundas minas del misterio, todo lo que Cristo os haya revelado en horas de retiro cuando os hayáis acercado más a Él, díselo a Su familia, alimenta a Su rebaño con ello; saca estas cosas como manjares escogidos con los que los amados del Señor puedan festejar hasta saciarse. «Ve a mis hermanos», dijo Cristo, y así decimos nosotros.

Cuando los dos discípulos habían ido a Emaús, y en la cena de la tarde, después de la fatiga del viaje del día, descansaban, recuerdan que el misterioso extranjero, que tanto los había encantado con Sus santas palabras, tomó el pan y lo partió, y fue conocido por ellos en el partir del pan, pero Él desapareció de su vista.

Bueno, ¿qué sucedió entonces? Lo habían obligado a entrar y quedarse con ellos, porque el día ya había avanzado, pero aunque ahora era mucho más tarde, su amor era una lámpara para sus pies. Sí, también alas, porque olvidaron la oscuridad y su desesperación. Su cansancio se había ido, y enseguida comenzaron a regresar los sesenta estadios para dar las gozosas noticias de un Señor resucitado, que se les había aparecido en el camino.

Llegan al cuerpo de cristianos en Jerusalén, y son recibidos con una explosión de gozosas noticias, antes de que puedan contar su propia historia. Ahora, hermanos, estos primeros cristianos estaban todos ardiendo por hablar de la resurrección de Cristo y proclamar lo que sabían del Señor. Hacían propiedad común de sus experiencias, y así deberíamos hacer nosotros.

El relato de Juan sobre el sepulcro necesita ser complementado por el de Pedro, y María puede hablar de algo más aún. Combinados, tenemos un testimonio completo, y nada puede ser omitido. Así, todos tenemos dones peculiares y manifestaciones especiales, pero el único objeto que Dios tiene en vista es el beneficio de todo el cuerpo de Cristo.

Por lo tanto, debemos traer nuestras posesiones y ponerlas a los pies de los apóstoles, y distribuir a todos lo que Dios nos ha dado. No retengas ninguna parte de la verdad preciosa, sino habla lo que sabes y testifica lo que has visto. Que la fatiga, la oscuridad o la posible incredulidad de tus oyentes no pesen ni un momento en la balanza.

Levántate y marcha al lugar del deber, y allí cuenta las grandes cosas que Dios ha mostrado a tu alma. Y si escuchas las dulces palabras de Cristo, puedo prometerte una llama santa de gozo brillante y radiante mientras hablas de la verdad para beneficio de las almas de los demás.

Finalmente, si hay algún indagador aquí, como espero que lo haya, si estás buscando a Jesús esta mañana y quieres ser salvo por Él y a través de Él, recuerda, pobre indagador, que Jesús está cerca de ti ahora. No hay nada que hacer para ti, ningún escalar al cielo, ningún bajar a las profundidades para traerlo arriba. Él está cerca de ti ahora.

Si crees que Jesús es el Cristo, si confías tu alma a Él, eres salvo. Jesús está aquí para todo aquel que simplemente se entregue a Él para ser salvo por Él. Jesús te llama esta mañana por tu nombre; te da una invitación especial para que vengas a Él. Escucha ese nombre. Responde esta mañana: di «Maestro».

Toma a Jesús como tu Señor; Él lo merece. No eres tuyo, sino que has sido comprado por precio. Entrégate a Él como alguien comprado por sangre. Él te pregunta, como le preguntó a María: «Mujer, ¿por qué lloras?» (Juan 20:15). Él pregunta a cada uno de vosotros que lo buscáis: «¿A quién buscas?» (Juan 20:15). ¿Sabes lo que buscas? ¿Buscas algún sentimiento extraño? ¿Buscas señales y prodigios, sueños y visiones? No los busques más. Jesús es lo que necesitas. Tómallo y sé bendecido.

Ahí, a tu lado, está el alimento que tu espíritu hambriento necesita; no mires al cielo, no mires a la tierra; en Jesús está todo lo que necesitas. Aliméntate, amado; la fe llenará tu boca. El amor disfrutará del dulce manjar, y todo tu cuerpo, alma y espíritu serán santificados por el divino banquete.

Que Dios los bendiga, queridos amigos, a todos ustedes, dándoles, como a María Magdalena, buscar al Señor.

### **PORCIÓN DE LA ESCRITURA LEÍDA ANTES DEL SERMÓN: JUAN 20**

---

Tomado de la colección *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* de C. H. Spurgeon. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, alguna puntuación, el uso de mayúsculas para los pronombres de deidad y la actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido no está abreviado. Recursos adicionales basados en la Biblia están disponibles en [www.spurgeongems.org](http://www.spurgeongems.org).